El aborto provocado y los médicos

Moisés Rozanes Tassler

Los griegos y los romanos, al igual que nosotros, comúnmente practicaban el aborto al mismo tiempo que lo prohibían.
W. V. Harris

Desde la antigüedad el aborto ha tenido una presencia compleja en la vida cotidiana. Mucho antes de que los hombres supieran el funcionamiento del mecanismo de la reproducción ya existían métodos y sustancias abortivas. Ni siquiera los mejores médicos de la época clásica entendieron la relación entre la fertilidad y el ciclo menstrual, aunque en otras áreas estuvieran muy avanzados.

Galeno, quien fue la máxima autoridad clásica, escribió en su tratado *Sobre las mezclas y propiedades de los medicamentos simples*, en el siglo II a.C., que no estaba de acuerdo en hablar sobre anticonceptivos o abortificantes, dado que la mayoría de ellos pertenecían a la categoría de remedios absurdamente inútiles o peligrosos. Sin embargo, en otros textos, el mismo Galeno dio algunas recetas específicas para estos fines. En el imperio romano el aborto era una opción práctica, al menos para algunos círculos sociales. El conocimiento sobre el uso de anticonceptivos y abortificantes lo transmitían fundamentalmente las mujeres y no los médicos, como algunos pudieran suponer. Una mujer tomaba hierbas —sauce, ruda, guaco o cualquier otro remedio que estuviera a su alcance— de acuerdo con las indicaciones de su propia madre, una consejera y, menos comúnmente, de su médico.

Es indispensable reconocer que por diferentes motivos los seres humanos, a lo largo de la historia, se han enfrentado con el dilema de dejar que la naturaleza tome sus propios rumbos procreativos o, por otra parte, se realicen procedimientos para controlar y restringir dichos cauces.

La práctica de la sexualidad entre individuos fértiles obedece, en primera instancia, a la búsqueda del placer, a los designios instintivos biológicos y a esa parte esencial de primitivismo que poco o nada ha cambiado a lo largo de los siglos. En cambio, sus consecuencias en la esfera de la reproducción siempre han estado más próximas a los intereses del grupo social, a sus necesidades de organización y subsistencia, en fin, a todo aquello que está sujeto al control y a la norma de la autoridad.

Por todo esto, sería inútil tratar de entender el significado del aborto sin aceptar sus raíces en el plano demográfico, es decir, en la orientación de cualquier comunidad sobre el número de miembros que considera adecuados, necesarios o, en todo caso, indeseables. A partir de ello, podemos reconocer, al menos en parte, el papel que juega la moral, la ética, la religión, las disposiciones legales y, por supuesto, también algunas posiciones del aparato médico científico.

En la época actual, cuando ya es un hecho el trasplante de órganos de diversa y a veces dudosa procedencia, cuando la ingeniería genética anuncia la posibilidad no muy remota de planificar

en los laboratorios a los futuros miembros de la sociedad, y cuando los problemas de conciencia, más allá de los específicamente técnicos, llaman la atención y preocupación de gobernantes, clérigos, filósofos y científicos, el tema del aborto sigue siendo uno de los que más atención reciben.

Sin embargo, es muy escasa la información científica confiable. Existen posturas ideológicas completamente encontradas y argumentos que van desde lo más irracional y disparatado hasta videos que muestran el desarrollo embrionario en etapas muy tempranas de la gestación y sus consecuencias destructivas cuando se lleva a cabo un aborto. Hay algo siempre incómodo y difícil al tratar de abordar este tema y es que resulta imposible hacerlo de una manera imparcial y objetiva. Sabemos que la vida actual impone condiciones cada vez más difíciles de subsistencia, mismas que están dificultando enormemente el que los seres humanos sigamos reproduciéndonos de manera ilimitada. A la luz de tantos desastres económicos, ecológicos, naturales y políticos nos vemos obligados a revisar muchos de los comportamientos que antes eran comunes y corrientes.

Hasta hace muy poco tiempo en México el promedio familiar era de siete personas y nadie se asustaba por ello. El *Código Penal* de entonces, en su artículo 578, llegaba incluso a señalar la pena de muerte o 10 años de prisión. Sin embargo, había una situación demográfica enteramente distinta a la de la actualidad, pues en todo el territorio nacional se contaban 16 millones de habitantes. Esta cifra se había mantenido inalterada después de 50 años debido a la alta mortalidad infantil de aquellos tiempos.

En una revista médica mexicana de 1923 se fustigaba severamente a las personas que directa o indirectamente llevaban a cabo un aborto.

El autor del mencionado artículo concluye haciendo una advertencia a los médicos con relación al aborto de una manera muy poco científica pero sin duda elocuente: "Estad alertas y nunca consintais [...] pues la Iglesia Católica y todas las iglesias condenan el acto (aborto) como un gran pecado [...]".

Hace algunos años, cuando yo era estudiante de medicina, me tocó presenciar cómo un médico mostraba al esposo de una joven paciente "los restos de masa encefálica" del embrión que estaba abortando dentro de su cuerpo. El médico pretendía ser didáctico y profesional. Pero para esos muchachos todo lo que ahí sucedía era motivo de sufrimiento y desconcierto. En realidad lo que se estaba cometiendo era un verdadero crimen del alma con unos jóvenes inexpertos y asustados. Es muy difícil comprender este tipo de conductas sádicas en los médicos a menos que sea el resultado de una mente deshumanizada, mercantilizada y cruel.

Es poco probable que el reto que plantea hoy el aborto pueda resolverse en el futuro de manera simple y generalizada. No hay que olvidar que para la mayoría de las mujeres, y también para muchos hombres que las acompañan, el solicitar la interrupción de un embarazo representa una dolorosa, meditada y arriesgada necesidad, y no como piensan algunos, un acto de irresponsabilidad y desapego ante la vida. ♦

